



ATENAS Y JERUSALÉN O SEA: ¡No! ¡EL CRUCIFIJO, NO!

por fr. Mariano Di Vito, OFM Cap.

Me parece que se llama Hahmed, y ha sido entrevistado hace algunos meses en Televisión sobre la difícil situación de los artesanos en los lugares santos, especialmente en la zona de Belén. Hahmed es musulmán, según dice, fiel y observador; desde hace generaciones en su familia se transmite el arte de trabajar la madera de olivo: estatuillas, presebres, rosarios son verdaderas obras de arte ofrecidas a los peregrinos a precios accesibles. Me ha chocado una frase del joven artista. Con gran devoción extraña, decía, de los nudosos troncos de olivo las imágenes sagradas. Pero precisaba: "¡El Crucifijo, no!" No puedo representarlo!" por su fe tan simple y sólida Dios no puede caer tan bajo, no puede reducirse así, vencido, humillado, como el último de los hombres. Dios es el Clemente, el Misericordioso, mira y cuida a todos los hombres, se inclina sobre nosotros pero... es siempre el Altísimo, el Inaccesible, el De arriba.

¡Lo contrario es absurdo, es más, es escándalo y blasfemia! San Pablo describe esta visión "tradicional" de Dios, cuando de manera lúcida y calma escribía a los cristianos de Corintio: "Mientras los judíos piden milagros y los griegos van en busca de sabiduría, nosotros, en cambio, predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos" (1Cor.1,22 ss). Las dos concepciones de Dios, la de Jerusalén, donde

viene exaltada la absoluta trascendencia y la necesidad de la fe como única y posible respuesta del hombre, y la de Atenas, que, al contrario, reivindica la centralidad de la inmanencia y de la razón como máxima expresión de la autonomía del hombre, no sólo han atravesado la historia humana, sino que también condicionan el pensamiento, y por consecuencia la praxis, de nosotros hombres modernos y post modernos. Sin embargo estas dos maneras de representar a Dios, las dos portadoras de verdades y valores, no solamente no son alternativas, sino que encuentran su punto en común y paradójicamente, la superación de ambas, exactamente en la cruz de Cristo, es decir en aquel Amor que no se limita a mirar al hombre, sino que "baja", se vuelve nuestra carne y se deja voluntariamente humillar con una muerte de criminal, una cosa todavía más inconcebible para la lógica griega!

Nuestra gloria es la cruz de Cristo, cantaremos en los próximos días, para expresar la adhesión en la fe a lo que la razón acoge y comprende, en la visión cristiana de un Dios que se implica e implica al hombre en un proyecto lleno de vida. Es esta la buena noticia, el Evangelio: ¡en Jesús, Dios se muestra y se revela en nuestra historia, vuelve a darle todo su valor, y lo hace muriendo!. Aquí está la novedad radical: el Hijo de Dios ha venido para salvarnos y la puerta de la salvación es

exactamente la revelación de un Dios que nos ama tanto que muere por nosotros, es más junto a los pecadores, confundido entre ellos, como un ladrón.

El hecho que las Escrituras cuenten más lo que Dios ha hecho y hace por los hombres que lo que tenemos que hacer nosotros por Él, encuentra una aprobación en la experiencia de los santos. El Padre Pío, hombre de fe y testigo de Cristo crucificado, en su larga experiencia como maestro del espíritu y sacerdote, ha incitado y empujado a sus hijos espirituales a que cumplan gestos, obras y signos concretos que manifestasen el trabajo personal en el camino de la perfección; ha empezado siempre indicando a Jesús crucificado, causa, motivo y fundamento de todas nuestras respuestas.

¡Al amor se responde sólo con el amor! El Padre Pío además con el don de los estigmas se ha vuelto Él mismo imagen de Cristo, como ulterior prueba de la preeminencia de acoger todo lo que Dios hace por nosotros sobre lo que cada uno puede hacer por Él. La Cuaresma, junto a las siempre útiles "prácticas de piedad" que tradicionalmente la señalan, se llenarán de frutos espirituales si desde el profundo de nuestro corazón nos dejaremos guiar por la resplandeciente luz de Jesús Crucificado, potencia y sabiduría de Dios.

Atenas y Jerusalén, juntas. Incluso más.

✠